

El rescate del pasado homosexual

La historia de minorías es género de reciente arraigo en la historiografía moderna. "La tercera revolución" la llama el historiador norteamericano John Boswell, luego de la encabezada por la Escuela de los Anales (que otorga bases científicas a la historia social), y de la historia estadística. Sin embargo, además de las graves dificultades (censura, destrucción y distorsión de fuentes documentales) que enfrenta el rescate del pasado de grupos negados, ignorados o excluidos tradicionalmente por los historiadores, la historia de minorías afronta el rechazo de quienes alegan el "propósito militante", es decir político, de sus obras para restarles importancia, como si no fueran también políticas las razones por las que se expulsa a estos grupos de la Historia (J. Boswell, "Hacia un enfoque amplio", en *Homosexualidad: literatura y política*, Alianza, 1985). Y si se trata de minorías sexuales el rechazo es más histérico. De allí el vacío que acompaña la aparición de este tipo de obras.

Pero un trabajo tan riguroso, pródigamente documentado y ar-

gumentado con solidez como *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad* (Muchnik Editores, España, 1992), —resultado de diez años de investigación— termina por imponerse hasta en los ámbitos más reacios. Como apuntó en su oportunidad Gore Vidal: el libro de Boswell "obligó incluso a los 'homófobos' del *New York Times* a ocuparse inteligentemente de él" ("La cultura en México". *Siempre!*, octubre 10 de 1982). A pesar del retraso de su traducción —la edición original es de 1980—, resulta estimulante su aparición en nuestro idioma (en donde este tipo de trabajos apenas merece atención). La importancia de esta obra ha sido destacada por especialistas como Paul Veyne y Michel Foucault, quien incluso le atribuyó al libro de Boswell servirle de guía en sus estudios de historia de la sexualidad.

Boswell quiere contribuir al estudio de la intolerancia "entendida como fuerza histórica". Para ello elige el caso de los gays desde el comienzo de la era cristiana hasta el siglo XIV, entre otras razones porque los prejuicios que justificaron persecuciones, castigos, linchamientos, discriminaciones y expulsión de los ámbitos de la moral pública, persisten, un tanto atenuados, en la actualidad. A diferencia de otros sectores o mino-

rías como las mujeres, los negros o los judíos, que han ganado presencia pública al irse deteriorando las supersticiones en torno suyo, a los gays aún se les rechaza por las mismas razones que siglos atrás los enviaron a la hoguera. Recurrir a la Biblia para negarles toda consideración, declararlos “antinaturales” o incluso amenazas contra la sociedad y la humanidad, es práctica recurrente hasta la época actual. Gracias a las indagaciones de Boswell, hoy sabemos que las estructuras homofóbicas arraigaron hasta el siglo XIII, el mismo siglo del establecimiento definitivo del tribunal de la Santa Inquisición. Precisa el autor: “la historia de las reacciones públicas ante la homosexualidad es, pues, en cierta medida, una historia de la tolerancia social”.

“Los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres”

Boswell, medievalista de la Universidad de Yale, derriba el bunker doctrinario que resguardaba la imagen de un cristianismo inamovible; desde san Pablo hasta el presente siglo, en su postura condenatoria de la homosexualidad. Es cierto, las actitudes hostiles partieron de algunos Padres de la iglesia, pero este rechazo nunca fue unánime en los primeros ca-

torce siglos de cristiandad, y no siempre contó con la adhesión de la mayoría de los cristianos. Por el contrario, muchos miembros de la iglesia, algunos de ellos destacados y respetados, fueron defensores apasionados del “amor por los muchachos”.

Según Boswell, las reacciones cristianas hacia la diversidad sexual se deben más a los cambios de la moral pública y los prejuicios populares que a la influencia y la observancia puntual de las Escrituras. Aquí, y parodiando el famoso proverbio árabe, los cristianos de entonces se parecieron más a su tiempo que a sus Padres. En los primeros siglos de cristianismo (los del Imperio romano), por ejemplo, la “sodomía” no sólo era un gusto pagano o de monarcas (“De los quince primeros emperadores”, dictaminó célebremente el historiador Edward Gibbon, “Claudio fue el único cuyo gusto era absolutamente correcto en materia de amor”), muchos partidarios de Cristo también lo eran de esta preferencia erótica, como el poeta Ausonio, que no tuvo reparos en manifestar su amor por san Paulino, obispo de Nola.

Vox populi, vox Dei

De Clemente de Alejandría (s. III)
a santo Tomás de Aquino (s. XIII),

pasando por san Agustín, se va afinando el repudio teológico a la conducta homosexual. Lo irónico, apunta Boswell, es que este rechazo se apoya menos en las enseñanzas de Jesús y sus Apóstoles que en las formas fantásticas de la vida animal creadas por la imaginación popular o en la idealización (“de origen decididamente pagano”) de la Naturaleza, a la que se dota de una autoridad moral incuestionable. Aquí la influencia de los bestiarios fue mayor que la Biblia. Los mismos moralistas cristianos que acusan a los “sodomitas” de imitar la conducta “inmunda” de la liebre (porque desarrolla un ano diferente cada año) y de la hiena (que cambia anualmente de sexo), califican la homosexualidad de “vicio antinatural”, porque “no tiene lugar entre los animales”. De esta paradoja —que el ser humano “deba seguir el ejemplo de los animales inferiores en materia de moral”— no escapa ni santo Tomás.

A falta de mayores referencias en las Escrituras, se recurre a su conveniente tergiversación. Así, la prohibición levítica de comer liebre se vuelve condena de la homosexualidad; los habitantes de Sodoma (*Génesis*, 19) ya no despiertan la ira divina por negarse a dar hospitalidad a los enviados del cielo, ahora son castigados

por sus costumbres sexuales “contra natura” (el concilio de París de 829, hasta le atribuye el Diluvio al pecado de sodomía); ahí donde sólo se hace referencia a los prostitutos, la condena se extiende a todos los “sodomitas”. En su minuciosa lectura de la Biblia, Boswell encuentra sólo dos referencias específicas a la homosexualidad: el *Levítico* (18:22 y 20:13), rechazado por la mayoría cristiana por tratarse de una ley sumamente restrictiva de una minoría perseguida, y *Epístola a los Romanos* (1:26-27) que no condena la homosexualidad en sí, sino sólo a quienes teniendo mujer la abandonan por uno de su propio sexo, y a la inversa.

Esta hostilidad a la sexualidad gay, se precisa en la medida en que avanzan las corrientes ascéticas en el interior de la iglesia, partidarias de la condena de toda sexualidad no procreadora. De esta manera, a la homosexualidad, hasta antes de santo Tomás de Aquino, se le considera en general dentro de los pecados de exceso y desenfreno como la gula y la fornicación, un pecado tan grave como el adulterio y menos nefando que el préstamo a interés. Sólo hasta bien entrado el siglo XII, la iglesia unifica su postura a favor de la intolerancia antigay. El primer concilio que aprueba sanciones (deposición,

confinamiento, excomunión) es el Lateranense III de 1179. Y en el siguiente siglo se impone, pese a las dificultades teóricas, el criterio de santo Tomás de Aquino que declara a la homosexualidad transgresora de la ley natural y la equipara con el canibalismo y la bestialidad, figurando, de esta manera, entre los pecados mayores. En muchos códigos jurídicos de la época, este "delito contra la naturaleza" se hace merecedor de penas como la castración, desmembramiento, la hoguera, el pender de los pies hasta la muerte, el entierro en vida, etc. Son tiempos de cruzadas contra los enemigos del cristianismo, de matanzas de judíos en Alemania por los ejércitos cruzados, y su expulsión de Inglaterra y Francia, de persecución de leprosos y brujas, de guerra homicida contra los "herejes" albigenses, de establecimiento definitivo de la Inquisición, etcétera. Ni siquiera la clerecía escapa de la ola intolerante, cuando, por ejemplo, se proscribió de una vez por todas a los curas casados. La minoría gay comparte su suerte con otras minorías perseguidas. *Sodomita* y *hereje* son ahora términos intercambiables.

El triunfo de Ganimedes

La contribución más sorprendente del estudio de Boswell, es

el descubrimiento de una *subcultura gay* en plena Edad Media. Entre los siglos XI y XII, expresa el autor, se da una "explosión de literatura gay cristiana todavía sin parangón en el mundo occidental". El celebrado "amor cortés" no se expresaba en un solo sentido: "La 'resurrección' del amor en el siglo XII no incluyó menos a los gays y sus pasiones que a los demás" (cabe aclarar que el uso del término *gay*, no es, como pudiera parecerlo, un anacronismo del autor. En la primera parte del libro argumenta a favor de este vocablo en contra del más ambiguo *homosexual*, por ser más preciso y antecederle en uso por varios siglos).

Del más célebre emperador gay romano Adriano (s. II), al "último monarca abiertamente gay", el inglés Eduardo II (s. XIV), pasando por Ricardo Corazón de León (s. XII) "símbolo del idealismo caballeresco", las expresiones culturales de esta minoría conocen dos momentos de auge: la época del Imperio romano y los siglos XI y XII, ambos periodos de florecimiento urbano. Y son clérigos sus más destacados exponentes. De hecho, hay toda una tradición de "amistad apasionada" entre monjes y entre monjas. El mismo san Agustín participó en su juventud de esta tradición

—“(…)tuve miedo de morir”, escribió a propósito de la muerte de su amigo, “y que de esa manera él, a quien tanto había amado, muriera por completo”—, aunque lamenta sus consecuencias eróticas: “Así contaminé el impulso de la amistad con la suciedad de la lujuria y empañé su brillo con la negrura del deseo”. Otros asumían esta pasión sin remordimientos: “eres tú la única que he elegido para mi corazón”; le escribe una religiosa a otra, “te amo más que a nadie,/ sólo tú eres mi amor y mi deseo”. En la creación literaria se halla la manifestación más conspicua de esta subcultura (entendida como “una red de personas, conscientes de su diferencia común respecto de la mayoría y que influyen tanto en la percepción que de su peculiaridad tienen ellas mismas como en la que tienen los demás”). El material abundante que el autor pone a nuestra disposición incluye poesía, cartas, alegatos a favor y en contra, y discusiones con el clero casado (quienes denuncian la práctica de la confesión recíproca entre sacerdotes gays para evadir castigos o aminorar las penas). Se dan además, esfuerzos importantes para incorporar la expresión de sentimientos gay en la teología. El abad Aelredo de Rievaulx (s. XII) escribe tratados sobre la

amistad y el amor como fundamentos de la vida monástica y medios de acercamiento a Dios, que lo colocan como el representante más notable de esta tradición de tolerancia cristiana hacia la diversidad sexual. “Este tipo de amistad, escribió, es carnal y especialmente común entre adolescentes... Y a excepción de frivolidades y de mentiras, debería permitírsele, en la medida en que no haya elemento de deshonestidad en ella, con la esperanza de una gracia más abundante y como comienzo de una amistad más santa.” También se recurre a las Escrituras y a la hagiografía pero con afanes de legitimidad. El amor de Jesús por su discípulo Juan, el de David por Jonatán y el de las mártires santa Perpetua y santa Felicitas son los símbolos más destacados.

Como toda subcultura, la de esta etapa desarrolla su propia jerga. La figura de Ganimedes es el símbolo principal, equivalente a “gay” (como “cazar” lo sería de “ligar”). Hay también otras voces que no guardan equivalencia alguna con las actuales. El resurgimiento de la prostitución masculina y la proliferación de burdeles serían otras manifestaciones de esta subcultura. Pero las que hablan de una conciencia autónoma son las defensas en la literatura popu-

lar que proclaman la superioridad del erotismo homosexual. Como en el popular poema "Ganimedes y Helena", en donde Ganimedes, defensor de la sexualidad gay, declara orgulloso: "El juego que jugamos lo inventaron los dioses/ y lo mantienen hoy los más brillantes y los mejores".

Boswell, autor de varios libros de historia medieval europea, no elude las limitaciones de su trabajo. Entre ellas, la de no poder tratar con igual detalle la sexualidad gay femenina, por la dramática escasez de fuentes accesibles (en su abrumadora mayoría el material existente fue escrito por hombres). Y la imposibilidad de explicar, satisfactoriamente, el origen de los cambios tan marcados en la moral pública de una época a otra. A pesar de ello, es imposible regatearle a *Cristianismo, tolerancia social...* un lugar relevante en el estudio de las sexualidades en

Occidente. Su importancia trasciende el ámbito académico, para situarse como una contribución fundamental al debate sobre los alcances de la tolerancia social. Incluso allí donde el eco de la intolerancia rebervera con mayor intensidad, libros como el de Boswell significan un sólido apoyo para quienes propugnan por actitudes más civilizadas en sus dirigentes. Todavía hace poco, el papa llamó a los católicos norteamericanos a apoyar las discriminaciones a los gays en el ejército, el trabajo y la vivienda, llamándola "discriminación justa". Ante esto, el valor de la tolerancia ilumina los espacios del humanismo a fines del siglo xx.

Alejandro Brito

John Boswell, *Cristianismo, tolerancia y homosexualidad*, Muchnik Editores, Barcelona, 1992.